

que se cree ser la misma que el monasterio de santa Paula, como los Armenios tienen una que ocupa el lugar en donde estaba situado el monasterio de Casiano.

SANTA EUSTOQUIA. ¹

Santa Eustoquia era hija de Toxocio y de santa Paula, como lo hemos dicho en el capítulo precedente. No tenemos que repetir la grandeza de su nacimiento, ni la opulencia de su casa.

Nunca mujer alguna mereció mejor que ella ser llamada la gloria de las vírgenes, como hizo san Jerónimo. Por cualquier lado que se la mire, ya sea en las ventajas del mundo á las cuales renunció, ya en la consagración que hizo de su virginidad á Jesucristo, ya en su conducta perfectamente dócil para con su madre, ya en el cuidado que tuvo de marchar sobre sus huellas é imitar sus virtudes, ya en fin en la vida toda santa que llevó con ella y después de su muerte en el monasterio de Belén; se reconoce en toda la economía de su vida tanto fervor, tanta piedad y tanto amor para Jesucristo, que, cualquiera cosa que se diga para ensalzarla, uno siempre siente que no dice lo bastante.

Desde su más tierna infancia ya empezó á responder á los desvelos que tuvo su madre para formarla en la piedad, y bien que sus otras hermanas se hacían dignas por su docilidad de la educación que esta grande santa les daba, esta fué la única que abrazó la virginidad, y que habiéndose consagrado muy joven á Jesucristo, le guardó hasta la

¹ San Jerónimo, Baronio.

muerte una fidelidad que fué siempre en aumento por los maravillosos progresos que hizo siempre en la perfección cristiana. El celestial Esposo de las vírgenes, quien se la había escogido por una gracia particular, demostró cuan celoso estaba de su corazón, y que designios de santidad tenía sobre su alma. San Jerónimo nos lo enseña en la carta que escribió á Léta, esposa de Toxocio, hermano de la Santa de quien hablamos.

Eustoquia tenía un tio llamado Hemecio, quien la quiso hacer abandonar el propósito que había formado de consagrarse á Dios. Al efecto encargó á su esposa llamada Pretextata que la vistiera y la peinara á la moda del siglo. Como ella hubiese ejecutado esta orden, un ángel, dice san Jerónimo, se le apareció por la noche durante su sueño, y le dijo con voz terrible y amenazadora: « ¿ Como has osado preferir á Jesucristo las órdenes de tu marido, y llevar tus manos sacrílegas sobre la cabeza de una virgen que le está consagrada? Juzga de la enormidad de tu crimen por el rigor del castigo. Al momento en que te hablo vas á ver como se secan esas manos criminales, y de aquí á cinco meses morirás; y si perseveras en tu pecado, perderás también tu esposo y tus hijos. Todo esto sucedió, añade el santo Doctor, tal como el ángel lo había predicho; y Pretextata habiendo aguardado demasiado tarde á hacer penitencia, se vió de momento arrebatada del mundo por una muerte repentina. Así es como Jesucristo se venga de aquellos que profanan su templo y quieren robarle las almas que le están consagradas. »

Así que hubo perdido su padre y que su madre tuvo por esto mayor libertad para seguir los designios de perfección que había formado en su corazón, ella entró en todos sus senderos, y de buena voluntad cambió con ella la magnificencia de su casa en simplicidad y modestia cristianas; no sólo vió sin pena las dádivas inmensas que santa Paula ha-

cía á los pobres, sino que aún deseó á su ejemplo, volverse pobre como aquellos á quienes asistía con sus liberalidades para seguir con mayor desnudez á Jesucristo desnudo de todo por nuestro amor.

Santa Marcela embalsamaba entonces toda la ciudad de Roma con el buen olor de su piedad. Animada por las instrucciones de san Atanasio, quien había ido á Roma para salvarse de las persecuciones de los Arianos, y por la relación que le hacía de las virtudes de san Antonio y de muchos otros santos habitantes de la Tebaida y del Egipto, había abrazado la vida solitaria en medio de esta ciudad dueña del mundo, y la observaba con tanto rigor como podía hacerse en los monasterios de las vírgenes de Oriente. Muchas damas romanas habían seguido su ejemplo, y santa Paula fué de este número. La amistad cristiana que las unió perfectamente por la conformidad de sentimientos, pasó igualmente al corazón de santa Eustoquia. Santa Paula era la amiga íntima de santa Marcela, y santa Eustoquia fué también su hija espiritual. Fué algún tiempo su camarera con la bienaventurada Principia, cuyo elogio hizo san Jerónimo, y se puede juzgar el progreso que hizo en la piedad, teniendo por una parte en su casa las lecciones y los ejemplos de su santa madre, y por otra, á santa Marcela por maestra espiritual.

No repetiremos lo que hemos dicho en el capítulo precedente sobre las instrucciones que recibió de san Jerónimo cuando este fué á Roma con san Paulino y san Epifanio. Entonces fué cuando este gran Doctor compuso para ella el tratado que le dirigió en forma de carta sobre la virginidad; pero se puede decir que en esta obra no se empeñó tanto en demostrarle aquello que debía aprender, como en confirmarla en aquello que ya practicaba con una grande perfección; sobre todo la sencillez, la modestia, la pobreza voluntaria y una vida muy penitente. Ahí van algunas de las

reglas que en su persona da á las vírgenes cristianas y que nos hacen conocer cuales eran en aquel tiempo sus principales ejercicios y sus prácticas.

« Y no quiero, les dice, que el estado que habéis abrazado os inspire orgullo, sino temor. Vosotras lleváis dentro de vosotras mismas un precioso tesoro; guardaos de caer en las manos de los ladrones. *Nosotros tenemos que combatir, no contra los hombres de carne y sangre, sino contra los principados y potestades de este mundo, es decir, de este siglo tenebroso.* (Ephes. 6)... Sed sumisas á vuestros padres, á ejemplo de vuestro esposo Jesucristo; salid raras veces de casa; tened por compañeras á las hijas mortificadas; aplicaos con frecuencia á la lectura; ayunad todos los días y nunca comáis hasta saturaros. Armaos con el escudo de la fe para parar los flechazos del tentador. Como es difícil no amar nada, y como el corazón humano se apega siempre á algún objeto, que el amor espiritual eche de vosotros todo otro amor. Guardad vuestro corazón con tanto cuidado, que podáis decir con la misma confianza que el santo Apóstol: *Ya no soy yo quien vive, sino que es Jesucristo quien vive en mí* (Gal. 2). Lavad vuestro lecho con vuestros sollozos, regadlo con vuestras lágrimas; velad como el gorrión en la soledad; cantad de corazón y de espíritu: *Alma mía, bendice al Señor, y guárdate de olvidar jamás sus bondades* (Psal. 102).

« Dejad las vírgenes locas que corran por las calles; y morad con vuestro esposo en el secreto de vuestra casa. Si tenéis cuidado de cerrar la puerta sobre vosotras y rogar á vuestro padre en el secreto, como os manda el Evangelio, vendrá este esposo, y llamando á vuestra puerta os dirá: *Aquí estoy, soy yo el que llama* (Apoc. 3). Vosotras al momento responderéis con una santa aceleración: *Oigo la voz de mi bien amado que llama á la puerta* (Cant. 5), abridle pronto; pues si tardaseis podría pasar á otra.

« Vigilad siempre contra los atractivos y las sorpresas de la vanagloria. Cuando hagáis limosna no tengáis más que á Dios por testigo de vuestra caridad; cuando ayunéis, mostrad un rostro gozoso y alegre; no afectéis en vuestros hábitos, ni una compostura estudiada, ni un desaliño fastidioso, ni una singularidad caprichosa. No deseéis parecer ni más devota ni más humilde de lo necesario, y no busquéis la gloria aparentando huir de ella.

« No os familiaricéis con las vírgenes que son desidiosas y curiosas; no os vanagloriéis de la erudición, ni de hacer hermosas poesías; no digáis que sois joven y delicada y que no podríais trabajar de manos; no habléis mal de nadie, y cuando ayunéis dos días seguidos, no por esto os imaginéis exceder en virtud á aquellos que no ayunan. Vos ayunáis, pero puede ser que seáis impaciente é importuna. Aquel no ayuna, y tal vez es manso y halagueño. Atenta á vos misma, buscad vuestra gloria en vuestras obras buenas, y no en las faltas de los otros.

Tomad por modelo á la Virgen santísima, la cual por su extrema pureza mereció ser madre del Salvador. Todo lo que hemos dicho hasta el presente parecerá duro y difícil á aquellos que no aman á Jesucristo. Nosotros amamos á este divino Maestro; unámonos estrechamente á él, y veremos como á nuestros pasos se allanarán las mayores dificultades, las penas más largas desaparecerán á nuestros ojos. »

San Jerónimo le da en esta carta otros avisos importantes, que el temor de interrumpir demasiado nuestra narración nos obliga á suprimir para volver á nuestra Santa. Ella no se separó de su madre cuando esta fué á Palestina, como tampoco se separaba cuando vivía en Roma. Abandonó generosamente su patria y todo cuanto en ella la podía halagar con el mismo fervor que su santa madre, para hacerse como ella extranjera sobre la tierra, no mirando más que el cielo como su patria.

Tuvo el consuelo de recorrer en su compañía todos los lugares de devoción de la Palestina y de Egipto; y por fin establecidas ambas en Belén, ella estudió más que nunca sus virtudes, y se las hizo propias por una imitación perfecta. San Jerónimo coloca entre las principales el amor que ella profesaba á esta muy santa madre, el cual se la hacía tan afecta y sumisa que jamás la perdía de vista. Eustoquia, dice, siempre ha sido tan adepta á su madre y tan sumisa á sus voluntades, que jamás se la ha visto, ni acostarse, ni comer, ni dar un solo paso sin ella. Ni siquiera ha tenido nunca un escudo á su disposición; al contrario, ella se gozaba de que su madre distribuyese á los pobres los bienes que había heredado de sus padres, persuadida de que su amor y su respeto por una madre tan buena eran la más hermosa herencia y la más rica sucesión que podía esperar. »

Ella se había conducido así en Roma; del mismo modo seguía en Belén, y el mismo santo Doctor queriendo excitar á la perfección á una viuda romana de la antigua familia de los Camilos, llamada Furia, le propone la piedad de nuestra Santa, que era su parienta, como un motivo y un modelo de los más propios para animarla en la obra de la santificación: « Oh! si viereis, le dice, á vuestra hermana Eustoquia (quiere decir su pariente, tomando el nombre de *hermana* en una significación más lata), si vos viereis á vuestra hermana, y pudieseis oír las palabras que salen de su boca, veríais una grande alma encerrada en un pequeño cuerpo y un corazón lleno de todas las riquezas del Antiguo y del Nuevo testamento. El ayuno constituía su placer y la oración todas sus delicias. Después de haber visto á Faraoón sumergido en las aguas, coge un tambor, á ejemplo de María hermana de Moisés, y á la cabeza de un ejército de vírgenes, canta la primera diciendo: *Cantemos himnos al Señor, porque ha manifestado su grandeza y su poder,*

precipitando al mar al caballo y al jinete (Exod. 15). Hé aquí aquellas á quienes ella enseña á cantar las alabanzas de Jesucristo, y á celebrar al son de los instrumentos las victorias del Salvador. Así pasa los días y las noches, haciendo provisión de aceite para su lámpara, y estando siempre preparada para salir al encuentro de su esposo. Seguid, pues, el ejemplo de vuestra parienta, y haced de manera que Roma posea aquello que se halla en Belén, villa más augusta que la capital del mundo. »

La muerte de santa Paula fué para Eustoquia uno de los más grandes sacrificios que pudo hacer al Señor. Esto se puede juzgar por el cariño y el respeto tan bien fundado que tenía por una madre de un mérito tan distinguido. En su enfermedad la sirvió con una asiduidad que prevenía todas sus necesidades y la atención misma de las siervas. « Imaginándose, dice san Jerónimo, que el dejar hacer alguna cosa á los otros era perder una parte de su recompensa. » Ella hubiese deseado seguirla en su tránsito á la eternidad y no ser separada de ella por la muerte, como la había estado tan estrechamente unida durante la vida. Ella aprovechaba los momentos libres para correr al pesebre del Salvador y pedirle esta gracia como un favor singular.

Su ternura se despertó más que nunca cuando estuvo á punto de ponerla en la tumba. « La venerable Eustoquia, añade el mismo santo Doctor, se consideró entonces como un niño que acaban de destetar, ella no podía dejar esta madre querida; ella besaba sus ojos, se pegaba sobre su rostro, abrazaba su cuerpo, y deseaba que la sepultasen con ella. » Pero Dios la reservaba para continuar la obra de esta bienaventurada madre cuya separación ella lloraba; se puede decir que entonces entró como en una nueva carrera, en la cual tuvo más necesidad que nunca de este espíritu de fervor de coraje y de confianza en Dios, de que ha-

bía ya dado tan grandes pruebas por su renuncia al mundo y por el estado de pobreza y penitencia que había abrazado.

Santa Publa nada había dejado á su hija; al contrario, quedaban todavía deudas que saldar que su caridad le había hecho contraer para auxiliar á los pobres. Además debía proveer de sustento á tres comunidades de vírgenes que eran en gran número. Santa Eustoquia se encontró, pues, encargada de su gobierno y de proveer á todas sus necesidades, tanto espirituales como temporales. San Jerónimo la ayudó con sus consejos y sus cuidados, y la animó mucho haciéndole considerar la pobreza voluntaria como un tesoro evangélico que jamás se agota, porque es rica de los bienes mismos de Jesucristo. « Nada temáis, Eustoquia, le dijo, vos habéis heredado una rica sucesión, pues el Señor es vuestra porción. » En efecto, la Providencia no la abandonó, y tuvo la satisfacción de ver florecer la piedad y la observancia regular en su monasterio con la misma edificación que en él se había admirado en tiempo de su madre.

Mientras ella estaba así aplicada en glorificar á Dios de todo su corazón y hacerlo glorificar por las piadosas vírgenes que ella dirigía, el Señor, quien prueba á sus santos para hacerlos más dignos de las recompensas que les destina, la hizo pasar por una tribulación que sólo la podía endulzar la más grande sumisión á las órdenes de su divina Providencia.

Para buscar la causa de esto en su origen, conviene saber que el celo de san Jerónimo para el sostén de la fe católica había en extremo agriado contra él á los Origenistas y á los Pelagianos, contra los cuales había escrito mucho, y últimamente contra Pelagio. Juan obispo de Jerusalén, estaba tildado de favorecer á estos herejes, y había concebido una aversión tan grande contra san Jerónimo, que no cesaba de molestarle; lo que afligía tanto más al Santo,

cuanto que Juan profesaba la vida monástica, y decía al efecto. *¡ Oh dolor ! Ved ahí un monje que persigue á otros, quien extrema su resentimiento hasta amenazarles con hacerlos desterrar.*

Una multitud, pues, de Pelagianos, animados de este furor que en todos tiempos ha caracterizado la herejía, fué á atacar á san Jerónimo y á las personas piadosas de uno y otro sexo de quienes él cuidaba. Mataron algunos y entre otros á un diácono. Prendieron fuego a los monasterios y los saquearon ; san Jerónimo apenas pudo salvarse en una torre fortificada ; el monasterio de santa Eustoquia y de santa Paula su sobrina, de quien pronto hablaremos, fué aún menos respetado. Estos facinerosos lo saquearon, persiguieron á las Santas, que felizmente se salvaron, pero con mucha pena, y tuvieron el dolor de ver despedazar á sus domésticos.

Un desórden semejante habría debido ser ó reprimido, ó castigado por el obispo Juan, si hubiese tenido buenas intenciones ; pero él se mostró indiferente y su inacción fué una prueba de su connivencia. Sin embargo santa Eustoquia y su sobrina llevaron sus quejas al Papa como á padre común de los fieles ; pero con tanta moderación, que en esto no se puede admirar bastante su virtud, como lo marca muy á propósito el cardenal Baronio ; en lugar de nombrar los autores de ello, se contentaron con representar al Papa lo que ellas habían sufrido, y rogarle que lo remediara. San Jerónimo le escribió también por su parte, y este santo Pontífice, que entonces era san Inocencio I, dirigió á Juan de Jerusalén justas reprensiones en una carta, en la cual le dice que, por más que no le han citado el autor [de esta persecución, sin embargo no dudaba que debía impedirla con sus cuidados y velar mejor su diócesis ; que al menos debía, cuando el mal había llegado, socorrer y consolar á las personas que habían sufrido ; y que en lugar de haberlo

hecho, había motivo para creer que por su culpa cuanto había sucedido no fuera preludio de mayores males. Le advirtió que pusiera orden, y le amenazó diciéndole que si lo descuidase sería responsable de ello, según las leyes de la Iglesia. El papa Inocencio escribió también á san Jerónimo para consolarle ; le hizo saber lo que escribía al obispo Juan, y añadió que si le nombraban los autores de este desorden, ó que si además de las reprensiones que le había dirigido había necesidad de algo más, providenciaría con su autoridad de una manera aun más eficaz.

Esto sucedió hácia el año 416. Se cree que la carta del Papa ya no halló vivo á Juan de Jerusalén, pues este obispo fué á rendir cuentas á Dios el diez de enero del año siguiente. Santa Eustoquia no vivió largo tiempo después que Dios la hubo probado con esta tribulación. Se cree que Dios la llamó á la recompensa de las vírgenes sabias y prudentes el año 419, después de haber morado 34 á 35 años en el monasterio de Belén.

Su sobrina, santa Paula la joven, le sucedió en el gobierno del monasterio. No pudo aprovecharse largo tiempo de los auxilios de san Jerónimo, como había hecho su abuela santa Paula, y su bienaventurada tía ; pues este Santo probablemente murió en 420. Paula la joven era hija de Toxocio, hermano de santa Eustoquia, y de Leta, á quien san Jerónimo escribió una carta, en la cual le traza el plan de educación que le debía dar. Su madre la consagró al Señor antes de ponerla al mundo, y apenas empezaba á balbucear, que ya le enseñaron á cantar el *Aleluya* : Grande lección para las madres que enseñan á sus hijos canciones pueriles antes de hacerles alabar el santo nombre de Dios ! No se descuidaron de hacerlo saber desde Roma á la gran santa Paula que entonces estaba en Belén, por lo cual concibió una alegría inenarrable. Esto es lo que san Jerónimo nos enseña en elogio fúnebre de esta Santa. « Yo no debo

pasar en silencio, dice, cual fué el exceso de alegría de esta ilustre viuda, cuando supo que su nieta Paula, que el Cielo había concedido al voto que sus padres habían hecho de consagrarla á Dios, comenzaba desde la cuna y entre los juguetes de la infancia á cantar el *Aleluya*, y á pronunciar á medias con una voz balbuceante los nombres de su abuela y de su tía. La única cosa que le hubiese hecho desear estar en Roma, era ver á esta nieta con su hijo y su nuera servir á Dios en un desprendimiento perfecto de todas las cosas de la tierra. Así vió cumplida una parte de sus deseos, pues su nieta tomó el grado de las vírgenes, y su nuera habiendo hecho voto de castidad imitó á su abuela con su fé y sus limosnas. »

Por estas palabras de san Jerónimo vemos cuanto Leta se había aprovechado de los consejos que este en su carta le había dado para la educación de la joven Paula. Encaminada, pues, desde su más tierna infancia á alabar al Señor, y nutrida por las relaciones que le hacían de las virtudes admirables que su abuela y su tía Eustoquia practicaban en Belén, y conservada con singular cuidado en una perfecta inocencia de costumbres, su corazón ofreció á Jesucristo una morada propia para sus sagradas influencias; y este divino Esposo de las vírgenes se la escogió como se había escogido á su bienaventurada tía Eustoquia, á la cual, á su tiempo, fué á unirse en el monasterio de Belén, donde bajo su dirección acabó de perfeccionarse en esa alta piedad que le hizo tan digna de llevar el nombre de su abuela. Tuvo el dolor de ver morir á su bienaventurada tía, después de haber sufrido con ella la persecución de los herejes pelagianos, de que hemos hablado. Nada más sabemos de particular sobre lo restante de su vida, ni tampoco en que tiempo murió. San Jerónimo, escribiendo una carta común á san Agustín y á Alipio, les habla de la muerte de santa Eustoquia como recientemente acaecida, y añade que su

sobrino Paula los saluda con mucho respeto, y que en su dolor les ruega se acuerden de ella.

El Martirologio Romano celebra la fiesta de santa Eustoquia el 28 de setiembre. En cuanto á Paula la Joven, aunque su nombre no se halle en el Martirologio y que nada nos quede de sus actas después de la muerte de su tía, no debemos dudar, dice el cardenal Baronio, que habiendo sido obtenida de Dios por las oraciones de sus padres, consagrada á su servicio desde su nacimiento, elevada en la inocencia por los cuidados de las damas más santas, no se conservase hasta el fin en el fervor de su piedad, y no terminase santamente una vida toda consagrada al servicio de Dios.

MONASTERIO DE JERUSALÉN Y DE LOS ALREDEDORES ¹.

Después que san Hilarión hubo hecho conocer con su ejemplo y sus instrucciones la excelencia de la vida religiosa en la Palestina, bien pronto quedó ésta poblada, como el Egipto lo había sido por el gran san Antonio. Por todas partes se levantaron monasterios, y el número de solitarios de uno y otro sexo fué allí muy considerable. Hemos visto á aquellos que vivían en el vecindario de Belén; ahora conviene pasar á los de Jerusalén y de los alrededores.

El más antiguo de Jerusalén de que se ha hecho mención en la historia, es aquel que tuvo por abad á un excelente personaje llamado Filipo. No se sabe en que tiempo fué construido, ni que observancia se guardaba en él; so-

¹ San Jerónimo, Vit. PP., Palladio, Rufino, Tillemont.